



EL ROL DE LOS  
INTELECTUALES  
PÚBLICOS  
EN LA SOCIEDAD  
ACTUAL

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE  
SÉPTIMA SERIE, Nº 9 / 2015

REVISTA ANALES

REFLEXIONES SOBRE CIENCIAS SOCIALES, MUNDO  
INTELECTUAL Y DEBATE SOBRE EL RELATO DE LA  
SOCIEDAD CHILENA

*Manuel Antonio Garretón*

MANUEL ANTONIO GARRETÓN

Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales 2007. Es sociólogo de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Doctorado en l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París. Es Profesor Titular de la Universidad de Chile.

## REFLEXIONES SOBRE CIENCIAS SOCIALES, MUNDO INTELLECTUAL Y DEBATE SOBRE EL RELATO DE LA SOCIEDAD CHILENA

Cualquier análisis del papel de los intelectuales en Chile, llámese intelectual público o intelectual crítico, debe partir del modo de configuración, lo que hemos llamado matriz socio-política, de los actores y sujetos. En la matriz clásica vigente hasta el período de la dictadura, algunos de cuyos rasgos se mantuvieron incluso bajo esta en situación de represión y desarticulación pero también de luchas en su contra, el rasgo básico era la imbricación entre lo político y lo social a través de la existencia de un sistema de partidos interrelacionados estrechamente con actores y movimientos sociales, sin que cada uno perdiera su autonomía. Los movimientos obrero y de clases medias, campesino o estudiantil, son expresión de ello. Este rasgo, especialmente acentuado en los 60, coincide con la instalación de las disciplinas de las ciencias sociales en las universidades, lo que consolidará la vinculación entre el mundo intelectual y el debate y los proyectos sociopolíticos en los que el sistema de partidos jugaba un papel central. Desde las universidades, el Estado y los partidos, se constituía un circuito en el que los medios de comunicación jugaban un papel principalmente reproductor. En general el debate del mundo intelectual giraba en torno a un relato principal de la sociedad sobre su diagnóstico y su proyecto de futuro, con visiones y propuestas que antagonizaban entre sí. Este aspecto, que podríamos caracterizar como orgánico o estructural, permite hablar más apropiadamente de mundo intelectual que de la figura individual del intelectual público.

### LOS 60

Ello no quiere decir que no hubiera intelectuales, entre ellos escritores e historiadores, que participaran en debates de interés general de la sociedad, pero si uno toma el período de los “largos 60” que termina en con el golpe militar del 73, pueden apreciarse al menos al tres momentos.

El primero se desarrolla desde fines de los 50, que coincide con la creación de instituciones de ciencias sociales y que gira alrededor de la considerada necesaria modernización y democratización de la sociedad chilena, donde el enclave de la matriz de la hacienda o de las relaciones agrarias feudales u oligárquicas aparece como el primer obstáculo. La imagen de la sociedad prevaleciente es la de una sociedad dual y atrasada. Entre los muchos ejemplos pueden citarse los informes

de CEPAL y los informes CIDA sobre tenencia de la tierra, los debates sobre marginalidad originados en DESAL, sobre reformas estructurales de la Revista Mensaje, sobre el desarrollo frustrado de Chile en la obra de Aníbal Pinto, sobre la crisis integral de Chile de Jorge Ahumada, o el visionario análisis de Eduardo Hamuy sobre el problema educacional del pueblo de Chile, más los trabajos que se hacían en el Estado en CORFO. Todos ellos fueron conformando el panorama intelectual político en que se plantearán los relatos sobre la sociedad chilena y su futuro, los proyectos de desarrollo del país y más en general los proyectos históricos de las grandes opciones políticas. Pero no se trata de una cuestión unidireccional: son estas mismas opciones provenientes del campo político, expresado principalmente en los partidos últimos, las que marcarán en gran parte el debate intelectual y de las ciencias sociales nacientes, y no es extraño que muchos de estos debates, originados en trabajos que combinaban el ensayo con el método científico, provinieran del mundo de la economía social vinculada a la CEPAL y al Instituto de Economía, con figuras como los ya mencionados Pinto y Ahumada u Oswaldo Sunkel, en la medida que esta disciplina tenía un nivel de desarrollo mayor que la sociología o la ciencia política. En el período más largo que consideramos, parte importante de los programas de gobierno reflejará estos debates.

Un segundo momento en el período que analizamos es el que se desarrolla durante el gobierno del Presidente Eduardo Frei Montalva. El debate ahora cambiará de temática central, redefiniendo la cuestión del desarrollo, la modernización y su consecuencia democratizadora y las reformas estructurales, por la problemática de la revolución, opuesta a la de la reforma, o el dilema socialismo-capitalismo. En ello juegan un papel importante tanto el impacto tardío de la revolución cubana, los avatares del proceso reformista del gobierno demócratacristiano y la crítica de la izquierda, que prepara su programa alternativo que se expresará en la Unidad Popular, así como en el campo académico-intelectual las reformas universitarias que dieron origen a nuevos centros de pensamiento crítico a lo largo del país y el predominio de las visiones marxistas en las Ciencias Sociales. El relato prevaleciente corresponde, por un lado, al diagnóstico de una sociedad estructurada como capitalismo monopolista de Estado dependiente con una institucionalidad democrática, lo que obliga, por otro lado, a pensar en una vía distinta para la revolución chilena. Del mismo modo que el programa del gobierno de Frei se había nutrido de las investigaciones y análisis de orden más cepaliano, por un lado, y en lo social de las corrientes temáticas de la integración y la marginalidad tanto a nivel rural como urbano, aquí predominaron investigaciones provenientes tanto de instancias estatales como académicas en torno a la concentración del ingreso y propiedad, no solo agraria esta vez, sino industrial, financiera, mediática y de todos los campos de la vida social y económica, lo que apuntaba a lo que sería el núcleo

del programa de la Unidad Popular (el área de Propiedad Social). Del mismo modo que los trabajos de Jorge Ahumada y de DESAL (dirigido por Roger Veckemans, SJ) ilustran el aporte académico intelectual al programa de Frei, el libro *Chile Hoy*, de varios autores en 1970, lo hace para el caso del programa de la Unidad Popular.

El tercer momento corresponde al gobierno de la Unidad Popular. Y es aquí donde se producirá la mayor polarización de los actores políticos e intelectuales, no quedando casi ningún ámbito de la sociedad en que este conflicto no penetre, haciendo difícil el debate intelectual propiamente tal en la medida que posiciones políticas e intelectuales identificadas entre sí se enfrentan a otras en que existe la misma identificación. Quizás el déficit mayor haya sido precisamente la elaboración en torno a la particularidad del proceso que se vivía, dado que los análisis giraron a visiones predominantemente economicistas que no daban cuenta de la cuestión central, cómo se construye socialismo en democracia y, por lo tanto, de qué tipo de socialismo como punto de llegada se trata. Este segundo aspecto no fue casi nunca tratado y el énfasis se puso en la vía al socialismo. Y aquí los planteamientos más políticos del Presidente Allende y más intelectuales de Joan Garcés quedaron sin sólidos respaldos académico-intelectuales. Será con los procesos de la denominada renovación socialista que el mundo intelectual pagará su deuda al respecto. Con todo, en revistas académicas y no académicas, en las actividades y publicaciones de los centros generados al amparo de las reformas universitarias, en las labores de extensión, habrá una eclosión de producción y discusiones de gran riqueza, pero limitadas por la ausencia de un campo intelectual demasiado estructurado por las opciones políticas en juego.

Esta vinculación entre mundo intelectual y mundo de proyectos histórico políticos, propia del conjunto del período, es sin duda un gran aporte para el conjunto de la sociedad, en la medida que asegura relevancia del trabajo intelectual para los desafíos que enfrenta aquella, por un lado, y, por otro, rigurosidad y fundamentos sólidos a los proyectos y programas políticos. Pero se corren dos riesgos. Uno es privilegiar solo aquellos temas que parecen más pertinentes a dichos proyectos, marginando o simplemente desconociendo temáticas que no aparecen como las centrales pero que pudieran tener una gran potencialidad o que no parecen tocar a los actores principales de la escena. Un segundo riesgo es que la cercanía entre política y mundo intelectual puede, en situaciones de polarización política, subordinar el uno al otro y transformarlo en lo mismo, con lo que los intelectuales, principalmente académicos, pasan a ser principalmente testigos de los procesos políticos y sistematizadores del discurso que se da en este campo. Así, lo que se llama pensamiento crítico tiende a banalizarse y pasa simplemente a ser crítica de la visión política contraria, pero no en relación al conjunto de la sociedad y todos sus proyectos.

Llama la atención en todo este período la ausencia de una intelectualidad de derecha o conservadora de presencia pública, excepto quizás en el mundo de la disciplina de la historia, ejemplificado en Mario Góngora, lo que refleja la falta de proyecto histórico de dicha derecha. Su visión estaba demasiado ligada al pasado y a la nostalgia de la sociedad decimonónica y a su referencia eclesiástica que había abandonado al acercarse a los planteamientos social-cristianos o progresistas. Por lo tanto, se encerraba en una posición defensiva y reactiva especialmente expresada en su intelectual orgánico, *El Mercurio*, que había elaborado a mediados de los 60 el diagnóstico de que los dos grandes males de la sociedad chilena eran la reforma agraria iniciada bajo el gobierno de Frei y la toma de la Universidad Católica en 1967, los únicos enclaves que persistían de la sociedad tradicional y que culminarían naturalmente para el periódico en la Unidad Popular de 1970-1973. La idea de una solución autoritaria estaba planteada y en la sombra se preparaba el proyecto intelectual de ella a través de dos actores no enteramente vinculados a la derecha clásica: los economistas de Chicago (“Chicago boys”) y el gremialismo de origen universitario liderado por Jaime Guzmán. Lo interesante aquí es que a diferencia de lo que ocurre en el mundo político de centro e izquierda, donde se da la imbricación mencionada con el mundo intelectual, la derecha social y política no es capaz de pensar un proyecto histórico que no sea defensivo y contrario a cualquier reforma. Por ello, acudirá finalmente a los militares, también carentes de proyectos que no fueran o la aceptación del orden constitucional o su ruptura, con el fin de poner término a los procesos de reforma. Y será desde el mundo académico que provendrá este proyecto político.

## BAJO LA DICTADURA

El período que abre la dictadura que se instaura en 1973 significará un profundo cambio en lo descrito hasta ahora. Lo fundamental es que por la vía de la represión, la persecución, el control, la censura, la intervención militar de las universidades, la eliminación de organismos académicos y de expresión, la reducción de las funciones estatales, se produjo la desarticulación del circuito original entre académicos de universidades, partidos y Estado a que aludimos al comienzo. Al retraimiento inicial por parte del mundo intelectual afectado y su búsqueda de sobrevivencia siguió un proceso de creación de un espacio o espacios públicos parciales y alternativos tanto institucionales (centros académicos independientes) como de medios de comunicación (revistas y radios de oposición), tanto en Chile como en el exilio. Más que productores unos y reproductores otros, fueron todos a la vez productores y difusores. A veces implícita y otras veces explícitamente

estos espacios actuaron como redes alternativas y configuraron un nuevo mundo intelectual que tenía una identidad general -todos se insertaban en lo que podía llamarse el campo de la oposición a la dictadura y, desde ahí, todos se definían como instancias o centros críticos- pero también identidades particulares que no provenían de intelectuales individuales, sino del trabajo colectivo que le daba a cada centro su propio perfil.

Los debates principales giraron inicialmente en torno al carácter represivo de la dictadura, poniendo como tema central el de los Derechos Humanos, relativamente marginal en la tradición intelectual de centro izquierda y en la naturaleza de la crisis que llevó a la dictadura, en el que el componente autocrítico, que no había sido relevante durante el período de la Unidad Popular, se hace presente pasando de la sola denuncia de las estrategias golpistas a considerar los problemas propios del proyecto de la Unidad Popular. Ello llevará más adelante a uno de los debates más importantes en el mundo intelectual-político de la izquierda, que se definió como renovación socialista, referido a la reformulación de la relación entre socialismo y democracia en términos de que esta era el régimen político propio del socialismo, lo que significaba dejar de pensar la sociedad solo desde la teoría marxista. La consecuencia política de ello era que el socialismo debía construirse a través de mayorías democráticas y que en Chile estas mayorías se construían a través de coaliciones de partidos, lo que se concretaría más adelante en la coalición de fuerzas opositoras para enfrentar la dictadura y establecer un régimen democrático.

Este debate sobre el rasgo represivo central de la dictadura y la crisis que la origina fue acompañado por otros, paralelos o posteriores, que pueden sintetizarse en dos y que se basaron en parte importante en las investigaciones y estudios de los centros académicos independientes y se expresaban en los medios alternativos del campo intelectual opositor. El primero sobre el carácter de aquella, si se trataba de un régimen puramente represivo que al momento de terminar destruiría lo que había construido como proyecto, más allá de la represión, o si se trataba de una dictadura con proyecto fundacional que intentaba crear un nuevo orden económico social y político durable para Chile. El segundo sobre la salida de la dictadura, tanto respecto de la estrategia para “acabar” con ella como el proyecto que debía desarrollarse a su término, lo que puso la cuestión de las transiciones y del proyecto democrático como el relato central de la sociedad. En cierto modo, un debate bisagra entre los dos mencionados es el que se abre respecto de los cambios en la sociedad originados por el proyecto neoliberal de la dictadura y las transformaciones que ocurren en los actores sociales, lo que se hace especialmente relevante con las movilizaciones sociales desatadas a partir de 1983. Pero al concentrarse estos debates en las estrategias de término y los actores que debían llevarlas a cabo, se descuidó la discusión sobre la naturaleza misma de la democracia, es decir, la discusión de



la teoría democrática sin discutir su sentido en nuestras sociedades. La ausencia de esta discusión pagará su precio más adelante.

Lo que interesa resaltar es que el sello clásico de la sociedad chilena, de constitución de problemáticas y sujetos a través de la relación entre lo político-partidario y lo social, se mantuvo bajo la dictadura, pese a la represión y a la descomposición parcial de la estricta imbricación previa entre partidos y actores. Así, pese a la dictadura, se mantuvo una relación entre el mundo intelectual, con un núcleo importante formado por científicos sociales, y los actores políticos y sociales, en un circuito alternativo que ya no pasaba por el Estado, las universidades o los medios de comunicación oficiales. El relato sobre la naturaleza de la dictadura y el proyecto democrático organizaban el debate intelectual vinculado al proceso político. Sin embargo, es evidente que hay mayor autonomía de los tres campos, político, social e intelectual, y menor fusión de sus lógicas aunque coincidan en el objetivo de lucha contra la dictadura y aspiración de régimen democrático. Quizás los mejores ejemplos de esta vinculación bajo formas más autónomas sean las movilizaciones de 1983 ya mencionadas y la campaña para el plebiscito de 1988 que puso fin a la dictadura. Más adelante tenderá a predominar la lógica político-partidaria, como veremos.

En el campo de la derecha se produce un cambio significativo. Por primera vez, como indicamos, aparece un proyecto de derecha que no sea la mera defensa del statu quo, sino con características fundacionales. En el ámbito socioeconómico será el proyecto neoliberal propuesto e implementado por los “Chicago Boys”, que actuarán como los intelectuales del régimen, y en el ámbito político los sectores del gremialismo universitario, que darán origen no solo a la Constitución de 1980, sino al principal partido heredero de la dictadura. Aprovechando la nueva ley de universidades impuesta en 1981 y creando centros de reflexión al estilo de lo que habían sido los del mundo de centro izquierda, se irá creando una masa crítica de intelectualidad de derecha que combina miradas liberales, autoritarias, conservadoras, con estudios que servirán de apoyo más adelante a sus partidos y parlamentarios y estableciendo lazos con algunos intelectuales de ese mundo de centro izquierda.

## EN DEMOCRACIA

En el tercer período, que se abre con la llegada de la democracia, el panorama institucional volverá a cambiar, debilitándose los centros académicos independientes, algunos desapareciendo, otros transformándose en *think tanks* de partidos políticos y desapareciendo también los medios de comunicación de la oposición a la dictadura. Respecto de estos últimos, los que logran resistir y los nuevos de carácter crítico (en

general revistas) son opuestos al oligopolio de los grandes medios de comunicación afines a la dictadura y proclives a la derecha en democracia, aunque en el caso de algunos con espacios reducidos para posiciones alternativas que se establecen, y terminan también desapareciendo. No obstante, surgirán algunos de alcance más limitado tanto en revistas periódicas como diarios electrónicos. Desaparecen los medios de comunicación públicos ya sea por cierre, ya porque, como en el caso de la televisión, son transformados de hecho en medios privados sometidos al mercado de la publicidad para su financiamiento. El espacio universitario se reabrirá, pero junto a la reducción de la educación pública la competencia entre instituciones sometidas al principio de mercado y marcadas por los sistemas de medición y rankings internacionales tenderá, sin duda con excepciones, a unidimensionalizar la producción académica y a sacarla de su preocupación central por el debate en torno a la sociedad. La mayoría de los partidos y también grupos de afinidad ideológica, así como ex presidentes, crean centros tipo *think tank* para participar en el debate político o apoyar o asesorar la tarea legislativa. En el caso de las instituciones progresistas o de centro izquierda se producen crecientes problemas de financiamiento en tanto algunas son financiadas con fondos provenientes de grandes grupos empresariales, lo que provoca fuertes polémicas de contenido ético. Por su parte, las instancias vinculadas a la derecha son financiadas por estos grandes grupos empresariales, lo que aparece como natural.

Quizás el rasgo fundamental de este nuevo panorama del mundo intelectual sea su fragmentación y diversificación, que irá acompañada también de un cambio de los contenidos del debate, cuyo rasgo más relevante es el debilitamiento de un relato sobre la sociedad y un proyecto en torno al cual pudiera estructurarse dicho debate, como lo fue en los otros períodos a que nos hemos referido. En su lugar, el debate se concentra principalmente, por un lado, en la defensa o ataque de las políticas públicas según cual sea la posición frente al gobierno y, por otro, en la interpretación de las encuestas de opinión pública, que se transforman en la principal fuente de conocimiento. Estas producen un conjunto de datos en general sin mayor profundidad conceptual, que establecen un cierto estado anímico de la población, retroalimentado por los medios de comunicación, y que lleva a los actores sociales y políticos a olvidar los grandes debates para focalizarse en una situación coyuntural cambiante y frente a la cual más que la reflexión cabe la respuesta mediática inmediata. Las encuestas y estudios provenientes de las universidades, si bien de menor orientación por intereses inmediatos, no logran contrarrestar la hegemonía de las de los centros de estudio de mercado o de los medios de comunicación. En el último tiempo se han creado centros o núcleos de investigación transversales a universidades públicas y privadas con apoyo de fondos del Estado, lo que ha sido sin duda un avance en la producción de conocimiento científico sobre la sociedad.

Sin embargo, tanto estas como otras investigaciones no logran siempre trascender al debate público copado por el mundo de la opinión pública.

Esta capa atmosférica de opinión que reemplaza la verdadera deliberación se refuerza con otro fenómeno también vinculado al sistema mediático. Por un lado, las redes virtuales, mal llamadas sociales, que generan la ilusión de ciudadanía y de participar en el debate como sujeto de él por el solo hecho de emitir una opinión. Tales redes podrían ser un gran avance para el debate siempre que vayan más allá del simple hecho de hacerse presentes comunicando un estado de ánimo particular y cambiante en forma generalmente irresponsable, más allá del homo comunicante-opinante (que reemplaza al homo videns de Sartori) que vive en una especie de magma de opiniones que refuerza la capa atmosférica mencionada y se transformen en medios de transmisión de ideas y posiciones sobre fenómenos que no son la pura comunicación en sí misma.

La situación de los medios de comunicación, su concentración exacerbada y al servicio de los grandes intereses económicos, la ausencia de medios de comunicación públicos no guiados por el mercado publicitario, la falta de pluralismo, el pequeño margen que le queda a los medios alternativos, generan una estrechez, sesgo ideológico y banalización del mundo y debate intelectual sobre la sociedad chilena. Quizás la excepción a esta tendencia pueda ser la figura del intelectual columnista, presente en casi todos los medios. Es evidente que aquí hay también un aporte, pero solo en la medida que el conjunto de ellos garantice el pluralismo, que transmitan conocimientos y no solo opiniones personales coyunturales, que no disfracen su defensa de intereses corporativos con su carácter público.

Además de esta figura del columnista, en torno al Estado, las políticas públicas y los procesos electorales se fortalecerán las figuras del tecnócrata, experto, asesor y consultor, que aspiran también a ser considerados parte del mundo intelectual y muchas veces lo invaden. Todos ellos constituyen un aporte en sus respectivos campos, pero es necesario recalcar que la función propiamente intelectual referida a pensar la sociedad se define por lejanía respecto de objetivos e intereses privados que luchan por imponerse y es crítica de todos ellos y del propio conocimiento que en esos campos se gesta. En cuanto a la inserción del conocimiento y la investigación en el Estado, los estudios muestran que ellos son utilizados solo en una dimensión instrumental y, en general, sin un proceso de acumulación, que en realidad es probable que solo pueda hacerse en las universidades.

Hay sin duda excepciones individuales importantes a lo dicho, que completan el panorama diversificado del mundo intelectual a lo largo del cuarto de siglo de democracia, y hay muchos intelectuales que mantienen una independencia crítica respecto de intereses y coyunturas. Ellos provienen de diversos campos, no solo de las ciencias sociales, sino también de las naturales y también de las artes, la literatura

o el teatro. El problema radica en que suelen ser voces en el desierto debido a la asfixia que produce en la escena pública la atmósfera señalada, con lo que no logra producirse un relato propiamente tal de la problemática de nuestra sociedad.

Respecto de los contenidos del debate intelectual en estos años, inicialmente surge la discusión sobre el carácter de la transición o democratización a inicios de los 90. En él, como hemos sugerido más arriba, se paga el precio de no haber discutido la teoría democrática y el sentido de la democracia más allá de la superación de la dictadura. Este debate fue acallado por la conducción pragmática y tecnocrática de los gobiernos de la Concertación y su éxito. Hacia finales de los 90 se produce una reapertura del mismo en torno al carácter del modelo neoliberal en el que se destacan los informes del PNUD (en otra época ello habría provenído de las universidades y no de un organismo internacional ) y de intelectuales dentro y fuera de la Concertación, pero que nuevamente fue acallado, esta vez por la caricaturización de las posiciones como “autocomplacientes vs autoflagelantes”. Posteriormente, diversas investigaciones cuyos resultados coincidirán con los resultados del Censo de 2002 harán centrar los debates en torno a los déficit de una sociedad profundamente transformada, lo que tendrá otro hito en los debates del bicentenario. Intelectuales provenientes del mundo indígena replanteaban por su parte las relaciones del Estado con la sociedad chilena y más adelante un ex Presidente y un ex ministro se introducirán en el mundo de la prospectiva mostrando los desafíos de la sociedad chilena en el mundo globalizado. Pero el mundo intelectual de izquierda no lograba conformar un nuevo relato que no fuera la crítica exacerbada a la Concertación y luego a la coalición Nueva Mayoría o la exaltación de ciudadanía alejada de la política o respuestas parciales a los problemas que enfrentaban estos mismos actores. También aquí caben las excepciones de intelectuales individuales y de centros e iniciativas alojadas en las universidades o fuera de ellas, como también en el teatro, cine, series de televisión, etc.

Con las movilizaciones estudiantiles de 2006 y de los subcontratistas del cobre al año siguiente se instala el tema de la igualdad y el de la tensión, agravada por la creciente abstención electoral favorecida por el establecimiento del voto voluntario, entre una sociedad que aparece movilizada y la política encerrada en el sistema heredado de la dictadura. Las movilizaciones estudiantiles, medioambientales, regionales, de diversidad cultural en diversas expresiones y de pueblos originarios de los años 2011, 2012, volvieron a poner en el centro el debate en torno al modelo de sociedad heredado de la dictadura, tanto en sus aspectos socioeconómicos, el predominio del mercado y el dinero por sobre el Estado y lo público en todos los ámbitos de la vida social, como en el del modelo político institucional consagrado por la Constitución impuesta por aquella. La temática del agotamiento del ciclo iniciado en 1990, la búsqueda de un nuevo modelo de relación entre lo público

y lo privado, la necesidad de reconstituir la relación entre política y sociedad, principalmente, encontraron eco en la campaña presidencial de 2013, sobre todo en el programa de Michelle Bachelet. Pero el debate y las posiciones intelectuales se concentraron en la naturaleza específica y técnica de las reformas, principalmente la tributaria y la educacional, más que en el relato central y el proyecto histórico del que ellas formaban parte: la superación de la sociedad pospinochetista y el salto que todas las sociedades latinoamericanas dieron en las relaciones entre Estado y sociedad después de los procesos de democratización política.

Las interpretaciones o la imagen de sociedad predominante en términos de malestar, especialmente de clases medias emergentes, en realidad inexistentes, desconfianza de la política y las instituciones (que además de basarse en un concepto confuso son tautológicas y toman un efecto como la causa), o recientemente corrupción, o problemas, o déficit propios de los progresos alcanzados no dan cuenta del problema de fondo: la ausencia de un relato de la problemática histórica de una sociedad que se quedó sin proyecto después del término de la dictadura y la consolidación de un régimen de democracia incompleta, en la que los actores clásicos constituidos por la imbricación entre partidos y movimiento social han perdido la capacidad de acción histórica. En efecto, la reproducción de la sociedad pospinochetista y la profunda ruptura producida entre política y sociedad, relación esta última de la que se nutrió la producción intelectual en la historia chilena, han significado, por un lado, una configuración del mundo intelectual caracterizado por la ausencia de una identidad común, con muy diversas formas de adaptación a los poderes o a su crítica, y por otro, la ausencia de un relato desde este mundo que contribuya a la conformación de un proyecto histórico de la sociedad chilena.

A partir de lo que hemos indicado respecto de los rasgos actuales del mundo intelectual, sin duda que es posible avanzar en la reconstrucción de este mundo desde ya a través de medidas que le afectan directamente. Por ejemplo, a través de la creación de medios de comunicación pluralistas y culturales de carácter público, traslado de algunas funciones de investigación del Estado a las universidades públicas, fortalecimiento de estas en su dimensión investigativa y de extensión, para lo cual deben crearse para ellas sistemas propios de acreditación que enfatizen la evaluación del impacto en la sociedad, financiamiento público de los centros de investigación ligados a la política, etc.

Sin embargo, la reconstrucción de un mundo intelectual capaz de nutrirse del conocimiento que aportan las ciencias sociales y vinculado como lo fue en la historia chilena desde los 60 a los proyectos de sociedad y sus actores es un largo proceso que depende, en primer lugar, de la reconstrucción más profunda de las relaciones entre política y sociedad, que ya no podrá ser la imbricación clásica entre sistema partidario y actores o movimientos sociales. La reconstrucción de un sujeto

político-social será una tarea de largo aliento. Y en ella el mundo intelectual deberá encontrar su inserción autónoma.